

inconcebible indolencia de Pompeyo le dejaba sucesivamente aproximarse y apoderarse de todo por el terror ó por la seducción. Rodeado de un ejército de galos que habia reunido en la guerra y agregado á sus cohortes, era el primero que llevaba á los bárbaros contra su patria. Coriolano, que en otro tiempo habia llevado otros extranjeros contra Roma, no habia hecho nada mas monstruoso, y al menos tenia por excusa la venganza contra aquellos que le habian proscripto de su patria. César no tenia que vengarse mas que de los honores y de los mandos que habia recibido de Roma, y sin embargo, la historia ha vituperado á Coriolano y ha deificado á César. He aquí la justicia de los hombres irreflexivos que toman el éxito por juez de la moralidad de los acontecimientos.

X.

Sin embargo, todo era turbación y confusión en Roma. Pompeyo, renunciando á defender la Italia, se retiraba con el senado, los buenos ciudadanos, los cónsules, los pontífices, los tribunos, las leyes y los dioses de la capital, y reuniendo las pocas legiones que le estaban personalmente adheridas, formaba á orillas del mar un ejército, aunque tarde. Reunió en Brindes todas las fuerzas navales de la república. Parecía incierto todavía si esperaría allí al ejército de César, y si aceptaría la batalla ó se embarcaba con sus tropas, dejando á César el suelo y trasladando los poderes públicos, á los defensores de la libertad, mas allá del mar, como para dejar el vacío y el horror que protestaran contra el sacrilegio de César.

Ciceron lamentaba esta política resignada y de desesperación, mas digna de un filósofo desalentado que de un gran capitán como Pompeyo. Aun cuando estuviera indignado contra César y aunque no dudara adherirse á las leyes, á los dioses, á la justicia, á la libertad, á la república, en el partido de Pompeyo, que representaba á la sazón la conciencia misma del pueblo romano, no podia consentir este abandono de la Italia y de sí mismo, que le parecía una deserción de la mas santa de las causas; temblaba de cometer un error siguiendo á Pompeyo fuera de Italia, ó cometer una cobardía no siguiendo á la república á donde Pompeyo la llevaba con él. En semejante perplexidad permanecía indeciso é inmóvil en su casa de Formies, fuera de Roma, y á igual distancia que César, que nada adelantaba, y de Pompeyo que huía, suplicando al uno que volviese para combatir y al otro detuviese su atentado, y espresando en sus cartas á sus amigos de Roma la desesperación de su incer-

tidumbre y la agonía mortal de sus irresoluciones.

XI.

«Me dices que me acuerde de mí mismo, de mis máximas, de mis escritos, de mis discursos, de mis acciones pasadas, y que las tome por jueces de lo que tengo que hacer hoy, escribia á Atico. Te doy las gracias por no darme otro consejo, otro ejemplo que yo mismo; pero considera si en alguna república, cualquiera que fuese, un jefe de partido cometió nunca faltas tan vergonzosas como las de nuestro amigo Pompeyo, que abandonando á Roma deserta de la misma patria, por la cual y en la cual su deber y su gloria eran morir! Tú me hablas al abrigo de los acontecimientos, tranquilo en tu casa; ignora nuestras calamidades, nuestras miserias, nuestras vergüenzas, que nos vemos espulsados de nuestras casas, despojados de nuestros bienes, caminando al azar con nuestras mugeres y nuestros hijos, entre dos ejércitos dispuestos á chocarse sobre nuestras ruinas!... Y no es por la victoria por lo que nos hemos visto obligados á abandonar á Roma; no, es por la demencia de nuestro jefe Pompeyo, de un hombre sobre el cual descansan todos nuestros destinos, cuyas mortales enfermedades nos amenazan casi todos los años con su muerte. Por él dejamos nuestra patria, no para reconquistarla; volviendo á entrar en ella mas fuertes y mas invencibles, sino para entregarla á las llamas y al saqueo de nuestros enemigos!... Hé aquí por qué estamos aquí con esta multitud de ciudadanos que han salido con nosotros de Roma. ¡Roma está desierta; no hay nadie en la ciudad, ni en los arrabales, ni en las casas de campo, ni en los jardines cercanos á la villa! Y Pompeyo nos encuentra bastante desterrados en esta ribera del mar, y nos llama á su lado en la Pulla... ¿Qué deducir de todo esto? ¡Yo amo á Pompeyo, estoy dispuesto á sacrificarme por él; pero debo pensar en la patria, y la patria, sin embargo, no es un hombre!... ¿No tengo yo grandes ejemplos para no abandonar la patria, ni sujetarme á un tirano? ¿Sócrates la abandonó mientras que Atenas gemia bajo el dominio de los treinta tiranos? Os he dicho, en efecto, que queria mejor ser vencido con Pompeyo que vencedor con César. Si, pero con Pompeyo, digno de sí mismo y semejante á sí mismo; pero con Pompeyo huyendo antes de saber hasta dónde fué, y sin saber dónde fué, ¡con Pompeyo entregando sin combate, á la patria, nuestros hijos, nuestras mugeres, nuestros bienes, nuestras leyes, nuestras vidas á la tiranía!... La suposición que yo hacia está ya realizada. ¡Véase si soy

vencido con este hombre y por este hombre!... ¡Acuérdate que siempre he sido de parecer que era preciso ante todas cosas evitar el choque de la guerra entre estos dos gefes de partido, y que era menester bajo ningun pretexto no abandonar no solamente la Italia, sino Roma misma!... ¡Yo llevo el luto de la república!... ¡Mira que hombre tenemos en la persona de César! ¡Qué perspicacia, qué prontitud, qué vigilancia! ¡Si no ocurre al asesinato, ni á la venganza, ni á la proscrición, va á ser muy pronto el idolo de estos mismos romanos á quienes ayer aterraba! ¡Oigo hablar en mi rededor á una multitud de ciudadanos y de aldeanos; no piensan ya mas que en sus campos, que en sus casas rústicas, que en sus escudos! Reflexiona un poco sobre la versatilidad de las almas! ¡Hoy temen á aquel Pompeyo que ayer era su idolo y su apoyo; comienzan á adorar á este César que ayer temian como á su azote!...»

Luego, llenándose de una virtuosa indignación contra este mismo César cuyo genio acaba de admirar hace poco:

«¡Oh, miserable! esclama, ¡Oh, ladrón de las leyes! ¡Oh, bandido! ¡Oh, devastador de su patria!... ¡Y sin embargo, todo el mundo acude en mi rededor para reunirse con Pompeyo: hoy este, mañana aquel! ¡Yo sé que los buenos y grandes ciudadanos, que han sido el honor y el apoyo de Roma, vituperan en mi estas lamentaciones, porque dudo todavía partir!... ¡Pues bien, partamos, pues, y para probar que soy un bueno y grande ciudadano vamos también á llevar por tierra y por mar la guerra civil á nuestra infortunada patria!...»

XII.

«Pero nunca partía, detenido por aquella duda mortal entre la vergüenza de no seguir á su partido natural y el crimen de ir á llevar la guerra á su país.

«Para distraerme de la enfermedad de mis pensamientos, escribe á su confidente y amigo Atico, entro en estas terribles cuestiones, me hago estas preguntas terribles y me ejercito en resolverlas, porque de su solución depende el partido que he de tomar:

«¿Es conveniente á un ciudadano virtuoso permanecer en su país cuando este ha caído bajo el poder de un tirano? ¿Debe emplear él mismo todos los medios que estén á su alcance para librar á su patria de la tiranía, aun cuando esos medios la espusieran á su última ruina? ¿No debe tener recelo de ir muy adelante y de cambiar en opresor el gefe que se opone al tirano de su país? ¿No le está mejor buscar la salvación de su país en las concesiones y acomodamientos pacíficos que en el recurso de las

armas? ¿Es permitido á un ciudadano el retirarse aparte durante las conmociones de su país? ¿Puede en conciencia estrechar é incendiar á su patria para libertarla de un tirano? ¿En las disensiones civiles tiene uno que seguir la causa y la fortuna de su partido, aun cuando este partido cometa faltas y crímenes? Por último, ¿un hombre que ha sido víctima de la envidia, de la iniquidad, de la ingratitud y de las persecuciones por haber salvado una vez á su país, debe esponderse voluntariamente por segunda vez á los propios males?»

Mientras que Ciceron se proponia responderse á estas preguntas, cuya solución secreta se ve claramente en su alma por el arte con que inclina el ánimo de su amigo á resolverlas en el sentido de la neutralidad, César y sus amigos de Roma le suplicaban que permaneciese neutral, él se excusaba con Pompeyo de no haber convenido con él todavía en la imposibilidad de atravesar una parte de la Italia, inundada ya con las tropas de César. En fin, Pompeyo habiendo llamado y reunido en Brindes todas sus legiones y todos los republicanos austeros, tales como Casio, Bruto, Labieno, Caton, hizo frente á la aproximación de César por la costa de Epiro, llevando consigo á todo el que en Roma era digno del nombre romano. Ciceron se encontró por este hecho que tanto habia anatematizado y que tanto repugnaba imitar, sobrecargado con el peso de sus incertidumbres.

La Italia entera, inmediatamente despues de la partida de Pompeyo, se precipitó á los pies del vencedor. Roma no se respetaba ya á sí misma, y solamente era digna de un amo. Esta abyección de su patria sublevó el alma de Ciceron, llenándola de indignación y vergüenza, y en lugar de hacer un reproche de la victoria de César, se retiró. El éxito, que es la razón del vulgo, es el escándalo de las almas grandes. El se encerró en *Arpino*, residencia de sus padres, como para buscar allí los recuerdos y los consejos de la virtud antigua, y para sobrellevar en la soledad el daño de su país.

«Hasta el presente, escribe á sus amigos, yo no he estado sino muy triste y perplejo. La fluctuación y la incertidumbre de las cosas excitaban mi alma, y la impedían sentir la ruina de mi patria; pero desde que Pompeyo, los cónsules, la república misma abandonaron la Italia, no es ya el dolor, sino un suplicio lo que devora mi alma. Me parece que yo he perdido, no solamente la patria sino el honor. ¡Ah! ¿por qué no me encuentro con Pompeyo y con todos los buenos ciudadanos de mi partido, pues que todos ellos, cuando yo repugnaba el partir, mis amigos, mis parientes, mi muger, mi propia hija, creían que mi puesto estaba entre los últimos puntales de la libertad de Roma? Yo he sido engañado por dos pensamientos honrados, pero ciegos; primeramente por la esperanza obstinada de negociar la paz entre estos dos hombres, y en segundo lugar por el horror á

suscitar la guerra entre los ciudadanos. Ahora veo que valta mil veces mas morir que vivir con los opresores de mi pais.»

Sin embargo, César le pidió una entrevista y le escribió para darle una cita en Roma, á donde él le suplicaba que fuera en nombre de la salvacion pública.

«Yo seguiré vuestros consejos, le escribió á Ciceron, yo me reconciliaré con Pompeyo. Yo por mi mismo me encuentro inclinado á la dulzura y á la paz; tratemos de reconquistar todos los corazones para gozar largo tiempo de mi victoria. Yo seguiré otras máximas que algunos tiranos que me han precedido, á quienes Dios me libre de imitar, y yo aseguraré la duracion de mi triunfo por el perdón y la magnanimidad.»

No contento de estas caricias, César, viendo que Ciceron rehusaba volver á Roma, le fué á ver, al regresar de Brindes, en su casa de Formais. La entrevista era formidable para Ciceron, que tenia que defender su virtud, y para César que tenia que paliar su atentado.

«¿Cómo quisiera yo tener mañana, escribió Ciceron la vispera de la visita de César, aquella sabiduria de Homero, oculta bajo la figura de un amigo, para que me inspirase lo que yo habia de decir! Pero yo me encuentro en las tinieblas, y me parece que no hay ya sol en el mundo.»

Por último, César llegó rodeado de una multitud de guerreros sin miramientos y de hombres de desorden sin patria, de esos que no hallan refugio sino en la tiranía ó en la licencia.

«¡Qué cortejo, oh dioses, escribió Ciceron al dia siguiente con toda la emocion de su escándalo! ¡Qué turba! ¡Cómo teneis costumbre de llamar á esa comitiva de César! ¡Oh vergonzosa pérdida de la república! ¡Oh tropas desesperadas y capaces de toda infamia! ¡Qué hacian, oh cielos, entre tales gentes un hijo de Servio y uno de Licinio! ¡Pero era mucho peor en su campo de Brindes, donde le acompañaban seis legiones!»

César en esta entrevista hizo lo que él sabia hacer cuando en vez de abandonarse á su ambicion se entregaba á su carácter, el mas amable y seductor de todos los romanos. Habiendo adquirido en su larga residencia en las Galias algo de la gracia, del abandono y de la ligereza de los galos al tratar familiarmente las cosas graves, jugando con su fortuna como con una de sus cortesanas, y perdiendo ó ganando el universo como un puñado de sestercios al juego en su tienda; amando la virtud y el talento como dos voluptuosidades del alma, que su organizacion naturalmente honrada y esquisita le hacia buscar, se acomodaba tambien á las bajezas y los vicios de su época, por los cuales triunfó de su patria, triunfaron con él. A él le hizo enrojecer sin duda delante de Ciceron el aspecto de su comitiva; pero no perdonó seducccion alguna de las suyas para enca-

denarlo á su partido, ó al menos para que no se marchase de Italia. Ciceron se esforzó en vano, dice en la carta en que da cuenta de esta entrevista, por demostrar á César que el honor, el deber y la fidelidad á la amistad eran para él una ley que le obligaban á retirarse con sus amigos allende del mar.

«Yo no obtuve nada, dice; se obstinó en hacerme ver que mi retirada seria su condenacion y serviria de ejemplo y autoridad á otros para apartarse de él. ¿No es mucho mejor para vos, para mí, para Pompeyo, para la patria misma, le dijo César, que me siguiérais á Roma para negociar allí la reconciliacion y la paz entre nosotros?»

«¿Tendré yo, por ventura, libertad en Roma para arreglar las condiciones?» respondió Ciceron.

«¡Toma! replicó César, ¿pensais que yo pretendo dictar lo que ha de decir á un hombre como vos?»

«Pues bien, añadió Ciceron sonriéndose y con firmeza, yo iré; pero será para aconsejar al senado que no os otorgue las tropas que quereis conducir á España y á Epiro contra el partido de Pompeyo.»

«Guardaos de eso, exclamó César, yo no sufro que se den tales consejos en Roma.»

«Yo lo sabia de antemano, respondió Ciceron, y he aqui la razon por qué no os sigo á Roma, ó para decir cosas contra mi deber, ó para oirlas decir sin poder contestar libremente á ellas.»

«En fin, añade Ciceron, despues de la reseña de esta larga conferencia, llena de familiaridad, de bromas y de insinuaciones siniestras, César se retiró descontento, lo cual si no me ha hecho ser amado de él me ha servido para que yo me estime mas á mi mismo. En el momento de subir en su litera para ir á Roma cambió de tono.»

«Ahora bien, me dijo con una intencion casi amenazadora, puesto que vos no quereis ayudarme con vuestros consejos, yo me veré en el caso de seguir los de otro, y no me detendré ante consideracion alguna.»

La dictadura, la guerra civil, el encarnizamiento de unos ciudadanos contra otros, la muerte de Pompeyo, el suicidio de Caton, el asesinato de Ciceron, su propia catástrofe en el senado, todo esto se contenia en dichas palabras.

«¿Vos habeis visto al hombre y habeis temblado por la patria? me escribisteis hace algunos dias, decia él á Atico al fin de aquella reseña.»

«Si, yo lo he visto y he llorado la suerte de mi pais.»

«¿Y despues qué es lo que ha pasado?»

«Despues él se fué á Roma y yo he regresado á Arpino, donde esperaré la llegada de las golondrinas...»

Es decir, la estacion en que la mar le permitia embarcarse para ir á reunirse con Pom-

peyo y su partido, que se arrepentia ya de no haber seguido tan pronto.

XIII.

César entró en Roma sin Ciceron, y siguió con efecto los consejos de la violencia y de la tirania en lugar de los de la sabiduria y la paz. Cerró las puertas de los templos, donde la religion y la ley guardaban el tesoro público, acumulado por espacio de tantos siglos, y confiado á los dioses para los grandes apuros de la república. Hizo maltratar por sus sicarios al tribuno valiente que le disputó la entrada, y distribuyó entre sus cómplices y soldados la riqueza destinada á las necesidades de la patria. Violó todas las leyes, absorbió todos los poderes, se apoderó de todas las tropas y marchó sin detenerse á España, donde gobernaba Pompeyo, para combatir allí ó atraerse las legiones de la república. Dejó un momento á Roma á Italia á Antonio y á Curion, sus lugartenientes mas depravados y los mas audaces de sus satélites, los cuales, por instigacion de César, continuaron poniendo á prueba la virtud de Ciceron, primero por sus caricias y despues por las amenazas.

«Podeis estar seguro, escribió á su amigo despues de haberlos visto, de que no hay en Italia un hombre descreido que no esté con César. ¡Partamos, pues, en busca de Pompeyo! Yo no espero ya nada para la república, que creo destruida hasta en sus fundamentos: pero yo parto para no ver lo que sucede, á mis ojos y lo que venga detrás, que será más siniestro aun. César ha llegado al esceso de considerar como glorioso el nombre de tirano que otras veces le avergonzaba, y Pompeyo, unido ayer con él, prepara por mar y por tierra una guerra justa, es verdad, y necesaria; pero ruinosa si es vencido y funesta igualmente á los ciudadanos si es vencedor. ¡Qué hombres, uno que ha desertado y otro que oprime á su patria! ¿Estoy yo, por ventura, á pesar de mis infortunios y reveses, por bajo de la gloria y la fortuna de estos pretendidos grandes hombres? No, ¡ninguno mas grande que el que es honrado! ¡Yo no abdicó mi filosofia! ¡Yo he reflexionado ante los dioses todo lo que he hecho por la república, y yo he previsto hace catorce años esta tempestad en que perece la Italia! ¡Yo partiré con este testimonio de mi conciencia!»

«Yo pregunté ayer á Curion, lugarteniente de César, que vino ayer á Arpino para seducirme é intimidarme, qué pensaba de la república, y si quedaria por lo menos de ella alguna imagen. Ninguna, me respondió, y perded toda esperanza en esto... Esto es hecho; preciso es que César se pierda, ó por sus enemi-

gos, ó por él mismo, porque él es su peor enemigo. Yo espero vivir bastante para verlo. En cuanto á mí es tiempo de pensar en la vida inmortal y no en esta vida corta y perecedera.»

XIV.

César, informado en España de la resolucion de huir, manifestada mas y mas por Ciceron, no desdeñó el escribirle.

«Nada se me resiste y todo es en ruina de mis enemigos; ceded á la fortuna; vuestra partida hoy tendria la significacion de acusarme de un esceso que yo no he cometido. ¿Qué cosa mas conveniente á un bueno y virtuoso ciudadano que desentenderse de las contiendas civiles?»

Tulia, su hija, se echó inútilmente á sus plantas para suplicarle que esta vez formase alianza con la causa perdida. Antonio, que le vigilaba y rondaba en derredor de su retiro con sus lictores, gladiadores, comediantes y cortesanos, le cerró en vano la puerta del mar. El llega á pasar desapercibido hasta una casa de campo que poseia á las puertas de Pompeya en el golfo de Nápoles, desde donde escribió á su hija reiterándole su determinacion y diciéndole que arrostraria por todo para separarse de aquellos parricidas.

A la noche siguiente logró sustraerse á las cohortes de Antonio que vigilaban su casa, y se embarcó en un ligero buque que iba á Epiro, no esperando nada del porvenir; pero no pudiendo soportar el presente y precipitándose como dijo él mismo al dejar la ribera, con los ojos abiertos y deliberadamente en su ruina.

XV.

El llevó consigo á su hijo y su hermano, ambos dignos de él por su fidelidad en sus desgracias, por su patriotismo y porsu valor. Aunque pobre, llevaba á Pompeyo una suma considerable, sacada de sus bienes, en tributo voluntario á la causa de la justicia, de la libertad y de la patria. El ejército y los ciudadanos le recibieron como una garantía de su buen derecho y de su fortuna, gloriándose de tener en adelante con ellos la gloria de Roma. Caton solo, que se creia una virtud muy rígida para plegarse á las circunstancias y á las transacciones, pero que no exigia esta rigidez de los otros, le reconvinó amigablemente por el partido irreconciliable que habia tomado frente á frente de César. «Acaso, le dijo en confianza, hubiérais sido mas útil á Roma guar-

dando la neutralidad que os pedia César y reservándose para servir cuando hubiese llegado la ocasión, en vez de venir á participar de inútiles peligros.» Pompeyo le echó en cara el no haberse declarado, ni haber combatido la retirada á Epiro, el haber conferenciado con César y haber dado consejos de paz en la guerra. Ciceron se relegó á sí propio á *Dirraquio* con Catón, desazonado con las detenciones y las frialdades de Pompeyo.

XVI.

Poco tiempo despues de su arribo á Epiro, César, habiendo triunfado en España y atravesado rápidamente la Italia, encadenando con él todas las legiones que encontró en su camino, pasó la mar y fué á atacar al ejército de Pompeyo con fuerzas inferiores, pero con la celeridad, que es el genio del éxito en las revoluciones. Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Farsalia, hoy de la Tesalia, y ambos eran iguales por el número y el valor é iguales los gefes por el renombre y el genio; pero Pompeyo mandaba á ciudadanos, quebrantados ya por la falta que cometió sacándolos de su país, que era como haberlos dado por vencidos antes de la batalla, y César tropas aguerridas y victoriosas ya por la audacia que habia tenido en conducirlos como vencedoras, menos á la victoria que á la persecucion de sus enemigos. Las leyes, los cónsules, el senado, los magistrados, los pontífices, los caballeros romanos, los patricios, la mejor parte del pueblo mismo, la república, en fin, estaban con Pompeyo; los ambiciosos, los facciosos, los sediciosos, los corruptores y corrompidos, la juventud, el populacho y la soldadesca, los bárbaros mismos, reclutados en las Galias, estaban con César. Pero César mandaba á soldados que lo ganaban todo si era para él el imperio, y el otro á ciudadanos que tenían poco que perder si Pompeyo sucumbia. Entre una causa servida por todas las ambiciones y por todos los vicios heroicos, y una causa, por decirlo así, abstracta, defendida por todas las virtudes amortiguadas ya, la victoria era poco dudosa. César fué vencedor, y Farsalia fué la tumba de la libertad y de la república.

XVII.

Aunque Pompeyo anciano hubiese recuperado en Epiro todo el ardor y todo el genio militar de su juventud, y hubiera adquirido con el mando de las últimas fuerzas de su patria nuevo vigor para los rudos ejercicios de

la guerra, la actividad, la sobriedad, las vigilias, las largas jornadas á pie, el manejo de las armas, para dar ejemplo á aquella juventud afeminada de Roma; desanimado ante el combate, él asistió á sus propios funerales mas bien que á una batalla de la cual él mismo era el alma y el brazo. El lo habia aceptado á pesar suyo, y cediendo á la voluntad de los senadores y de los jóvenes nobles faltos de esperiencia de que se hallaba rodeado y dominado desde su emigracion de Roma. El queria huir de César, rehusándole largo tiempo la batalla; y ellos querian afrontarla con su ardor, y antes de haberse hecho dignos de medir sus fuerzas con él, por lo cual fueron victimas de su inesperecia y de su indisciplina.

Tan luego como Pompeyo, inmóvil sobre una eminencia en medio de su ejército, apercibió la polvareda que se levantaba en derredor de su caballería rechazada por los veteranos de César, polvareda que la huida de su juventud levantaba tambien por su parte, comprendió desde luego su suerte, y no tuvo la obstinacion de vencerla por un empeño que juzgó seguramente sin esperanza. Permaneció un momento, dicen los testigos oculares, como un hombre abrumado; despues sin decir una palabra á los que le rodeaban y con la cabeza baja tomó á paso lento á caballo el camino de su campo, entró en su tienda, se despojó de sus armas é insignias de mando, y vistiéndose con traje de duelo de vulgar apariencia, se sustrajo de allí y tomó casi solo y á pie las sendas que conducen del fondo de la Tesalia á la ribera del mar. Abrumado de fatiga y de sed se echó en la tierra para beber en la corriente de la onda del rio que atraviesa el valle de Tempé. Una vez en la ribera del mar, una cabaña aislada de pescador sirvió de abrigo durante la noche al que habia conquistado por espacio de cuarenta años tantas ciudades de la Grecia, del Asia, del Africa y de España, y que personificaba algunas horas antes, no solamente la república y Roma, sino tambien el universo. No se lamentó como hombre inferior á la grandeza de su infortunio, ni acusó á los dioses. Aceptó el fallo de la suerte, pensando sin duda que era muy bello morir con la libertad y las leyes de Roma. Envio á César todos los de su comitiva de condicion servil que no se hallaban bastante comprometidos en su causa para no obtener un fácil perdon del vencedor, y no se quedó sino con los ciudadanos libres; y habiéndose embarcado en la pequeña barca del pescador, costó la playa, buscando con la vista algun navío en el mar, para pedirle asilo á las olas.

XVIII.

En el mismo instante, el piloto de una nave que traficaba en esta costa, ocioso en medio

del dia sobre la cubierta de su buque, contaba á sus marineros un sueño extraño que habia tenido por la noche. Aun cuando él no hubiese visto nunca al gran Pompeyo, el piloto habia creído verlo durante su sueño, no en el traje espléndido y magestuoso con que se presentaba un ciudadano tan augusto, sino con vestidos vulgares llenos de polvo y señalados con la marca de la indigencia. La barca de Pompeyo, doblando entonces un pequeño promontorio, que la quitaba la vista del buque, fué apercibida por los marineros, que se lo indicaron al piloto, diciéndole que parecia tripulada por un gran número de hombres que hacian señas agitando sus manos por encima de sus cabezas. El piloto, que se llamaba Pepicio, se levanta á estas palabras, mira la barca, reconoce en Pompeyo la figura que habia visto en sueño, y dándose golpes de dolor en la frente con sus dos manos, manda á sus compañeros que bajen la chalupa al mar, entra él mismo en ella, se aproxima á Pompeyo, le presenta con respeto la mano para que entre en su barca, y le hace subir con su gente en el buque.

XIX.

El piloto, conmovido por el espectáculo de una vicisitud tan grande de la suerte, y como advertido de su deber por el sueño que le habian envidado los dioses, preparó con sus manos un alimento frugal para sus huéspedes. Favonio, uno de los ciudadanos mas ilustres de Roma, viendo á Pompeyo desprovisto de esclavos, le desnuda él mismo para bañarse y le frota con aceite antes de comer, honrándose con servir de esclavo al mas grande y al mas desdichado de los romanos, y no creyéndose humillado de lavarle los pies y prepararle todos los dias su comida. Un corazón noble todo lo ennoblece, decian los marineros, testigos de esta domesticidad voluntaria, y todo sienta bien á las almas grandes, hasta la servidumbre de la amistad.

XX

Pompeyo se hizo conducir á la isla de Mitilene, llamada tambien Lesbos, que está en la misma direccion que conduce á Egipto. El mas penetrante de sus infortunios y al mismo tiempo el mas sublime de sus consuelos estaba en esta isla: era Cornelia.

Pompeyo, despues de la muerte de Julia, hija de César, su primera muger, se habia casado, ya viejo, aunque enamorado, con la

bella Cornelia, hija de Escipion y viuda de Craso, muger tan ilustre por su bondad, por su ingenio y por sus virtudes, como por su grande amor á Pompeyo. Cornelia cultivaba la poesia, la música, las letras, la filosofia. Sus virtudes igualaban á sus encantos, y la solidez de su juicio hacia olvidar su juventud. Pompeyo que la adoraba y que sentia hacia ella el cariño de esposo y padre á un tiempo, la habia dejado al pasar á Epiro en la isla de Mitilene para que allí estuviese al abrigo de los insultos de César y retirada del teatro de la guerra, sin correr los peligros y las fatigas de esta. Lo que habia de mas cruel en su infortunio en este momento era; no tanto confesar su derrota al mundo, como aparecer vencido ante Cornelia.

XXI.

Quando por la noche anclaron en la isla de Lesbos, no se atrevia á saltar en tierra y presentarse vencido á los ojos de su muger y de su hijo. Uno de sus compañeros de fuga bajó solo á la playa y se hizo conducir á casa de Cornelia, que engañada por un falso rumor, creia que su esposo habia conseguido una gran victoria. El enviado, obligado á destruir tan bella ilusion, se inclina en silencio delante de ella, y solo por sus lágrimas le hace comprender que el que pocos dias antes era dueño de una armada de 4,500 velas habia llegado al puerto de Mitilene en un buque, donde la piedad de un pobre piloto le habia dado hospitalidad.

Cornelia se desmayó al saber tal nueva, y vuelta en sí corrió con los brazos tendidos y llena de dolor y de ternura hácia la playa, y se arrojó en el seno de su esposo que habia bajado para recibirla.

«¡Ay de mí! le dijo ella, ahogada por los sollozos, y tomando sobre sí con un admirable y tierno ardid toda la desgracia y adversidad de su esposo; ¡ay de mí! qué el estado en que te veo no es mas que obra de mi mala fortuna y no de la tuya! He aquí que estás reducido á un pobre y pequeño barco prestado, tú, que antes de casarte con Cornelia, navegabas en esta misma mar con millares de velas! ¡Ah! ¿por qué has venido á verme? ¿Por qué no me has abandonado á mi desgraciado destino, á mí, que desde que te casaste conmigo no te he proporcionado sino reveses y desastres? ¿Cuán feliz hubiera yo sido habiendo muerto antes de saber la muerte de Craso, mi primer marido, que los partos me mataron, y cuánta hubiera sido mi sabiduría si despues de su muerte le hubiera seguido al sepulcro como llegué á pensarlo! Yo no he vivido, pues, no he amado al gran Pompeyo, sino para ser la causa de sus desgracias...»

Pero Pompeyo, consolándola cariñosamente y levantándola á la altura de su impasibilidad romana: «Cornelia, la dijo, tú te afliges porque hasta ahora me has visto siempre favorecido de la fortuna, y esta fortuna es la que te ha engañado y hace que te admires de nuestros reveses, porque me ha sido fiel y constante por mas largo tiempo que á ninguno de sus favorecidos; pero es necesario soportar sus vicisitudes, porque hemos nacido mortales, é intentarla ahora con confianza, porque aunque desde mi anterior grandeza he sido arrojado en la humillacion en que me ves, es muy posible que esta humillacion me eleve á mi anterior grandeza.»

Un filósofo griego de Lesbos, amigo de Cornelia, que estaba presente, habló un momento con Pompeyo de la Providencia, á quien el vencido estaba tentado de acusar de injusticia, por haber permitido que la fuerza venciese al buen derecho.

«La Providencia! dice Plutarco; los vicios del pueblo romano eran incapaces de sostener por mas tiempo la república, y él mismo se castiga coronando la tiranía.»

XXII.

Emigraron hacia el Egipto, asilo que Pompeyo creía el solo fiel y seguro, porque él mismo habia coronado en otro tiempo al padre del jóven rey que á la sazón reinaba. Este era Tolomeo, hermano de Cleopatra, la mas célebre de las reinas y de las mugeres por su bondad, por su genio y por sus amores, de cuyo capricho fueron juguete los hombres mas grandes de su tiempo, César y Antonio, de quienes el mundo era juguete á su vez.

Algunos buques llenos de sus partidarios y de soldados romanos, recogidos en la mar ó en las tierras de Jonia y de Chipre, seguían la galera de Pompeyo, que se acercaba á las riberas de Egipto. Nadie dudaba á bordo que este grande hombre seria recibido como el mas ilustre de los romanos y el bienhechor de la dinastía de los Tolomeos. Creían que auxiliado con los tesoros y las tropas de Egipto, auxiliar y tributario de Roma, levantaria todas las legiones romanas del Africa, y que le volveria la fortuna, avergonzada de haber abandonado por un momento la causa de los hombres, de las leyes y de los dioses. Cornelia misma le animaba con esta confianza.

XXIII.

Sin embargo, los ministros del jóven rey de Egipto, príncipe todavía niño y guiado á

causa de su edad por los consejos de ellos, que habian sabido por un ligero barco el éxito de la batalla de Farsalia y por otro la aproximacion de Pompeyo y de su flota, deliberaron sobre el partido que debían tomar con un huésped tan embarazoso despues de vencido. Un retórico llamado Teodoro, de Chio, raza mercenaria, que se entromete en el consejo de los príncipes ó de los pueblos para inspirarles viles destrezas bajo el nombre de política, y para presentarles crímenes útiles como actos de genio y de virtud, resolvió de este modo la cuestion.

«Si recibimos al gran Pompeyo, dice al consejo de Egipto, tendreis dos calamidades por una: á César por enemigo y á Pompeyo por señor. Si le rehusais el asilo y él vuelve á ser poderoso, debeis temer no solamente su venganza por la afrenta que le habriais hecho, sino tambien la venganza de César por el peligro que le habriais hecho correr no libertándole de su enemigo. Vos no teneis, pues, que hacer sino una cosa, añadió con una perversidad irónica, y es recibirlo é inmolarlo en la ribera, porque así habreis dado secretamente gusto á César, desembarazándole de un enemigo; sin que por otra parte tengais nada que temer de la venganza de Pompeyo, porque, añadió sonriéndose é inventando el primero una palabra, que despues ha sido proverbio de los asesinos; «Los muertos no muerden nunca.»

Photin y Achilles, dos esclavos favoritos y dueños del consejo que gobernaba el Egipto con Teodoro, aplaudieron esta resolucion, y se encargó á Achilles que la llevase á cabo. Entró en una chalupa con dos empleados romanos, centuriones otro tiempo en los ejércitos de Pompeyo, el uno llamado Septinio y el otro Salvio, y algunos sicarios egipcios, y de esta manera se adelantó á la galera de Pompeyo. Cornelia y los amigos de este grande hombre, viendo, en vez de los honores y cortejo que esperaban, una miserable barca tripulada solamente por siete hombres armados que se acercaba á su galera, presagieron mal de tan innoble recepcion al que habia sido dueño de Egipto y del mundo, y entreviendo algun dañado designio, suplicaron á Pompeyo que no se lanzase á una ribera tan ingrata ó sospechosa. Se veían una multitud de hombres armados reunidos en la playa, y muchas galeras cubiertas de tropas, que hendían las olas para cercar la flota de Pompeyo.

Habiendo abordado por fin la chalupa al buque, se levantó Septinio, uno de los romanos, y saludó á su antiguo general con el acostumbrado nombre de *emperador*, como para convencerle de que su derrota no le habia degradado en Egipto á los ojos de sus soldados. Achilles le saludó en lengua griega y le invitó á bajar á su chalupa con pretexto de que una nave tan grande no podria atravesar el puerto. Cornelia, medio muerta con el presentimiento

del amor que revela en el corazon de las mugeres los peligros de la persona á quien adoran, circundó inútilmente las piernas de su marido con sus brazos á fin de detenerle. El la abrazó con ternura deshaciéndose de ellos, y dejándola casi sin vida sobre la cubierta, bajó á la chalupa ayudado por la mano de Achilles. Despues, volviéndose por última vez para mirar á su muger y su hijo, y no haciéndose ya ilusiones acerca de su suerte, les dirigió por triste adios este verso de Sófocles: «Todo hombre que penetra en la corte de un tirano se hace esclavo, aunque él haya entrado libre.»

XXIV.

Mientras que la chalupa atravesaba la ancha laguna que separaba el buque de la ribera, un silencio embarazoso y siniestro cerraba los labios de los egipcios y los griegos. Pompeyo, como para sondear este silencio y presentir los sentimientos de aquella gente en el acento de sus voces, se dirigió á Septinio, y le preguntó si se engañaba él creyendo reconocerle por el hombre que en otro tiempo habia hecho la guerra á sus órdenes. Septinio, sin contraer sus facciones y sin responderle mas que con un gesto mudo, le respondió con un movimiento de cabeza que queria decir desdeñosamente que era verdad. Pompeyo, para conservar su continente, abrió sus tablitas y se ocupó en repasar una arenga en lengua griega que habia preparado durante su navegacion para decírsela á Tolomeo.

XXV.

Mientras tanto, Cornelia, vuelta á la vida por la ansiedad de la suerte de su esposo, contemplaba desde lo alto de la galera la chalupa pronta á llegar á tierra. Comenzaba á tranquilizarse y aun á concebir esperanzas viendo una turba de cortesanos ricamente vestidos que acudían á la ribera, y ya daba gracias á los dioses por su salvacion. En este momento, llegando la chalupa á tierra, y tomando Pompeyo la mano de uno para levantarse de su banco y saltar, Septinio como si no hubiese osado herir de frente á tan ilustre victima, le metió la espada en su cuerpo por detrás, y Salvio y Achilles redoblaron los golpes dándole con las suyas. Pompeyo, sin intentar defenderse, y aun sin parecer admirarse, se cubrió la cabeza con su toga, como para ocultar toda agonía indigna de él, y cayendo envuelto de esta manera á los pies de sus asesinos, murió sin proferir una queja á los dioses, ni mas adios á la vida que un ligero suspiro.

A la luz del sol en las espadas y á la caída de Pompeyo en la barca, Cornelia cayó tambien tendiendo los brazos hacia su marido, como si su mano pudiera evitar de tan lejos el golpe que le heria. La galera espantada huyó á fuerza de remos, y la llevó moribunda á alta mar.

XXVI.

Habiendo Septinio, Salvio y Achilles cortado la cabeza de Pompeyo para llevársela á Tolomeo y hacer un regalo á César, arrojaron su cuerpo fuera de la barca y lo dejaron abandonado en la arena á las aves de rapiña y á la espuma de las olas. Los pescadores y los curiosos estuvieron todo el dia mirando el cadáver, y cuando llegó la noche, el esclavo de Pompeyo, Felipe, que fué el único que no abandonó el cuerpo de su amo, le lavó cuidadosamente en el agua del mar y le envolvió en su misma camisa para que le sirviese de sudario. Despues, buscando á lo largo de la costa algunos restos de barcos lanzados por las olas, los juntó uno por uno á fin de hacer una hoguera para quemar el cuerpo segun los antiguos ritos, y aunque reunió poca leña, bastaba para llevar á cabo su obra.

Mientras que el fiel servidor se ocupaba piadosamente en esto, un veterano romano, antiguo soldado de Pompeyo, retirado en Egipto, que pasaba por casualidad por esta playa desierta, se llegó á Felipe y le preguntó qué hacia á aquella hora junto al mar:

«Soy el esclavo de Pompeyo y preparo la hoguera para sus funerales, respondió Felipe.»

El antiguo soldado, levantando las manos al cielo y enterneciéndose al espectáculo del señor del mundo sepultado furtivamente durante la noche por un esclavo en una playa estrangera:

«¡Ah! exclamó, no se dirá que tú solo has tenido este honor. Permiteme que te ayude en este deber último; este es un santo y piadoso accidente que envia la Providencia á mi vejez, despues de hallarme confinado hace tantos años en esta tierra ingrata y funesta, reservándome al menos tras mis desgracias el consuelo de tocar con mis manos los restos y de hacer los funerales al mas grande de los romanos.»

La llama de la hoguera encendida por estos dos hombres piadosos duró hasta el dia. A la mañana siguiente uno de los amigos y lugartenientes de Pompeyo, Léntulo, que llegó de la isla de Chipre costeano la ribera sin saber nada del asesinato de la vispera, apercibió desde la popa de su buque los últimos resplandores de la hoguera que luchaban aun con la aurora junto al agua.

«¡Ah! dijo á sus compañeros, ¿quién es aquel que ha venido á descansar por fin de sus